

SOCIOLOGIA MINISTERIAL DE LOS GOBIERNOS FRENTEPOPULISTAS

Por JOSE MANUEL CUENCA TORIBIO
y SOLEDAD MIRANDA GARCIA

SUMARIO

INTRODUCCIÓN.—DEMOGRAFÍA.—EXTRACCIÓN GEOGRÁFICA.—EXTRACCIÓN SOCIAL.—ESTUDIOS.—PROFESIONES Y CARRERAS POLÍTICAS.—ADVERTENCIA OBLIGADA.

INTRODUCCION

Medio centenar de ministros y un período tan turbulento como el de la guerra civil de 1936 justifican sobradamente el que dentro de nuestra investigación acerca de la elite gobernante de la España contemporánea acotemos esta parcela, corta cronológicamente, pero dotada de sustantividad propia.

Con todo, empero, tal vez pudiera pensarse que una etapa de tales características no propicia una radiografía de la cúpula dirigente del país.

Investigación de tal naturaleza parece requerir su inserción en ondas temporales más dilatadas. Sin embargo, son justamente las fases críticas, a la manera del enfrentamiento bélico de 1936-39, las que suelen ofrecer mayor interés en los estudios de una sociología del poder, a causa de la singularidad que revisten, y del contraste que presentan, por ende, cara a un análisis comparativo con las elites de períodos más estables. En momentos como los de los conflictos civiles, el cuerpo social acude a medidas y a procedimientos innovadores, rupturistas en la mayor parte de los casos. Durante ellos, claro es, la red del poder sigue incansablemente tejiéndose, pero alimentada, en ocasiones, con una fibra original y novedosa (1).

(1) Las páginas de L. STONE, en su interesante y miscelánea obra *El pasado y el presente*, México, 1986, consagradas a la prosopografía, constituyen tan sólo una su-

DEMOGRAFIA

Siguiendo las pautas metodológicas más habituales —y empleadas en trabajos anteriores nuestros— en estudios de la índole del presente, comenzaremos éste aproximándonos a las coordenadas temporales que enmarcan el acceso a la función ministerial del grupo considerado, con el fin de detectar los posibles factores de continuismo o de innovación, impuestos los últimos por la excepcional coyuntura bélica y por la ampliación del espectro político en el poder.

Los 51 ministros que componen el grupo, repartidos en siete gobiernos (febrero 1936-abril 1938), presentan en el momento de ocupar la Cartera la edad media de cuarenta y siete años, tres meses y veintisiete días, que, en conjunto, representa una reducción no excesivamente sensible respecto a la habitual en períodos precedentes y posteriores en esta elite de poder. Edad que, por otra parte, corresponde a la plena madurez vital, en que, como exigían las responsabilidades políticas contraídas, la experiencia, madurez intelectual y serenidad no se ven disminuidas por la decadencia biológica (véase cuadro núm. 1).

CUADRO NÚM. 1

EDAD MEDIA POR INTERVALOS QUINQUENALES

EDAD	Núm. de ministros	Porcentaje del total
25-29 años	1	1,96
30-34 años	3	5,88
35-39 años	8	15,68
40-44 años	7	13,72
45-49 años	7	13,72
50-54 años	9	17,64
55-59 años	7	13,72
60-64 años	2	3,92
65-69 años	3	5,88

Esta tónica general se ve reforzada si examinamos el abanico de edades del grupo y si las analizamos por intervalos quinquenales. (Antes debemos

gestiva aproximación a un tema de gran envergadura todavía necesitado de sólidas monografías. Cfr. J. M. CUENCA TORIBIO: *Sociología del Episcopado español contemporáneo (1789-1985)*, Madrid, 1986.

hacer una observación previa. Para nuestro análisis hemos tomado en consideración la edad de entrada en los gobiernos frentepopulistas, sin tener en cuenta que diez lo fueron ya en gabinetes anteriores.)

La simple lectura del cuadro precedente nos sitúa delante de un grupo muy disperso por su coordenada cronológica, que va desde los veintinueve años del más joven —Hernández Tomás (Murcia, 1907-Méjico, 1971)— a los sesenta y siete del más provector —Largo Caballero (Madrid, 15-X-1869-París, 23-III-1946)—. Sin embargo, esta aparente diversidad se atenúa considerablemente si observamos que menores de treinta y cinco años sólo se cuentan cuatro (el 7,84 por 100), en tanto que cinco (el 9,8 por 100) han pasado el umbral de la vejez (establecido en términos demográficos en sesenta y un años, como es sabido). El 74 por 100 restante se reparte entre los treinta y cinco y los cincuenta y nueve años, aunque el intervalo que incluye la media global no es el más nutrido.

No obstante, aunque ni la cifra de individuos que componen la muestra ni el tramo cronológico que ocupan lo justifiquen en principio, en nuestra aproximación a su sociología nos ha parecido más acertado metodológicamente diferenciar dos subgrupos u hornadas ministeriales: los gabinetes de la preguerra y los del trienio bélico.

El primero está constituido por 18 ministros (el 36 por 100), repartido en tres gobiernos, de los cuales el primero y el segundo tuvieron idéntica composición, salvo, como es sabido, el provisional ascenso de Barcia a la Presidencia en sustitución de Azaña. En el tercero, de Casares Quiroga (La Coruña, 8-V-1884-París, 17-II-1950), continuaron siete de los anteriores y promocionaron cinco nuevos, aunque de éstos Barnés Salinas ya había regentado la Cartera de Instrucción Pública en el bienio azañista. En la misma etapa, cinco ministros frentepopulistas habían ocupado diferentes poltronas, e incluso uno, el general Masquelet (Ferrol, 1872-París, 1964) lo había sido de la Guerra con Lerroux. Se trata, por tanto, de un grupo con amplia trayectoria política y experiencia gobernante, que, como es lógico, se refleja en la edad con que acceden al Ministerio frentepopulista: cincuenta y tres años, diez meses y dieciséis días, superior en más de un lustro a la media global. Pero tal vez lo más significativo sea la homogeneidad del grupo: entre los cincuenta y los cincuenta y nueve años se incluyen nueve, y de los tres menores de la cincuentena, dos se hallan muy próximos a ella. El abanico de edades se cierra por el límite inferior respecto al global, y oscila de los treinta y nueve años de Lluhí (Barcelona, 1847-Méjico, 1944) a los sesenta y cinco de Moles (Barcelona, 1871-Méjico, 1943) y Masquelet, este último un militar, con lo que se mantiene aquí también la tónica señalada en trabajos anteriores acerca de la longevidad de los ministros castrenses.

La ruptura de la guerra se manifiesta también ostensiblemente en el aspecto que estamos analizando. Los 33 nuevos ministros nombrados durante el trienio rebajan en dos lustros la edad media de promoción al cargo, que se sitúa en cuarenta y cuatro años y dos días. El cambio se configura aún más profundo si en lugar de considerar globalmente el período bélico distinguimos en él dos grupos ministeriales: el compuesto por los gabinetes de Martínez Barrio (Sevilla, 25-XI-1883-París, 1-I-1962) y Giral y el formado por los de Largo Caballero y Negrín.

La primera cohorte representa la continuidad. En el llamado gabinete relámpago de Martínez Barrio repiten nueve ministros de los anteriores del Frente Popular y sólo se incluyen cinco nuevos nombramientos, con una edad media de designación bastante inferior a la de las hornadas anteriores y algo menor que la media global. La continuidad, la presencia de la madurez frisan-do la vejez, se acusa en el gobierno elegido por Giral: en él se contabilizan 8 ministros provenientes del inmediatamente anterior y 3 de los precedentes, frente sólo a 3 de nueva promoción. A pesar de ello, en la media de los dos gabinetes —cuarenta y ocho años, nueve meses y tres días— se perfila ya el rejuvenecimiento de la cúpula ministerial, evidenciado igualmente por la ampliación del abanico de edades por su límite inferior, con la inclusión de un nuevo ministro a los treinta y tres años, Justino Azcárate (Madrid, 29-VI-1903-Caracas, 22-V-1989), y de dos con poco más de la cuarentena. En el otro extremo, por el contrario, se cierra el arco y no hallamos ninguna elección pasados los sesenta años, siendo el de mayor edad el general Miaja —de nuevo un soldado (Oviedo, 1878-Méjico, 1958)—, con cincuenta y ocho años, seguido Castelló (III-1881-Madrid, 1946) y Hernández Saravia (Salamanca, 1880-Méjico, 1962), ambos con cincuenta y seis e igualmente militares al frente de la Cartera de Guerra.

De modo semejante a otros muchos aspectos, quizá más importantes, los cuatro gobiernos de la guerra bajo presidencia socialista representan para el que nos ocupa la renovación, casi la ruptura con lo anterior. Componen el grupo 29 ministros, cuatro de los cuales ya han sido analizados por haber pertenecido a anteriores gobiernos del Frente Popular. (No excluimos, sin embargo, a Prieto y Largo Caballero, por cuanto sus anteriores ministerios se sitúan fuera del período acotado aquí.) La coyuntura bélica impone nuevos criterios de selección ministerial, que desembocan en la total juvenilización de la cúpula del poder político (¿causa o efecto?). Su edad media así lo manifiesta: cuarenta y dos años, dieciséis meses y dos días. Igualmente, el límite inferior del arco de edades se amplía, ya que un ministro es nombrado a los veintinueve años; dos más cuenta la única mujer del grupo, y de los once menores de cuarenta años a lo largo del trienio 1936-39, diez lo fueron ahora.

Y aunque en esta cohorte se incluye el ministro de edad más avanzada —Largo Caballero, sesenta y siete años—, debe también destacarse el hecho de que en los gobiernos de presidencia socialista sólo tres políticos pasaron a ocupar una poltrona con edad superior a los cincuenta años, y entre ellos se contaba Largo y Prieto. El contraste se aprecia de forma acusada si se coteja con la primera hornada ministerial de Burgos.

EXTRACCION GEOGRAFICA

A pesar del carácter un tanto singular que encarna la elite ministerial del convulso período analizado en estas páginas, la nota centralizadora y centrípeta que da su tono a toda la sociología gobernante de la España contemporánea se constata también aquí. Castilla la Nueva, que, a los efectos de la cúpula dirigente de la política del país, equivale en los siglos XIX y XX a Madrid, ocupa el primer lugar entre las regiones con mayor aportación a los cuadros del mando supremo de la nación. Seis ministros han venido al mundo en la Villa y Corte, que serían ocho si incluyéramos a Manuel Azaña, alcalaíno (10-I-1880-Montanlan, 3-XI-1940), y a Alvarez del Vayo, nacido en un pueblo que hoy no ofrece casi solución de continuidad con la mastodóntica urbe —Villaviciosa de Odón (1891-Ginebra, 1975)—. Así, pues, en tiempos en los que algunos conjuntos regionales como Cataluña o el País Vasco muestran

CUADRO NÚM. 2
ORIGEN GEOGRAFICO

Región histórica	Número de ministros	Porcentaje del total
Asturias	6	11,76
Cataluña	8	15,68
Castilla la Nueva	9	17,64
Andalucía	5	9,80
País Vasco	4	7,84
Murcia	3	5,88
Galicia	2	3,92
Valencia	2	3,92
Aragón	2	3,92
Canarias	2	3,92
León	2	3,92
Navarra	2	3,92
Cuba	1	1,96

una gran movilización política en todos los estratos y niveles, el ingrediente madrileño sigue peraltado a la hora de establecer la oriundez de los máximos responsables de la nación.

En un estudio precedente en torno a la elite ministerial de la II República hemos subrayado cómo, al igual que en la primera singladura de esta forma de gobierno en suelo español, la presencia catalana adquiere una densidad inusual respecto a otras etapas informadas por una visión del mundo más conservadora y rígida (2). En el que es objeto de nuestro análisis, tal rasgo configura una característica distinta del período. Dos puntos marcan la diferencia entre el contingente ministerial del Principado y el meseteño. Esta contribución provendría exclusivamente de los días de la guerra en los que Cataluña se erigiría durante muchos meses en el principal bastión de la República, pese a que los dirigentes históricos de ésta y los principales líderes del esfuerzo bélico —un Largo Caballero y, sobre todo, un Negrín— no depondrían nunca sus recelos y suspicacias ante el «hecho diferencial».

La alineación por vez primera en la historia de nuestra patria de los anarcosindicalistas en las filas ministeriales será un dato más que refuerce esta comparecencia catalana, dado el profundo arraigo que en dicho territorio presentaba la C. N. T. Y aunque sólo dos de los cuatro ministros anarquistas del segundo gabinete de Largo Caballero —4 de noviembre de 1936— nacieron en el Principado, su inclusión en la elite ministerial, a título, en gran medida, de catalanes, no deja de ser significativa.

El protagonismo de las organizaciones obreras en la dirección de la España republicana en la guerra de los «mil días» contribuye igualmente a explicar la amplia comparecencia del Principado asturiano en sus núcleos rectores. Si bien Barcia Trelles (Vegadeo, 5-III-1881-Méjico, 1961) o su compañero de toga Alvarez Buylla (Oviedo, 5-IV-1885-París, 1938), y aun el mismo general Miaja, no se integraron en el núcleo ministerial debido a dicho origen, el socialista González Peña (Las Regueras, 1888-Méjico, VIII-1952) o el anarcosindicalista Blanco González —albañil convertido en maestro nacional merced a ímprobos esfuerzos (Gijón, 1899-Méjico, I-1957)— sí lo hicieron a consecuencia de la mencionada condición. En cualquier caso, y al margen de su cuna y militancia, el ancho caudal asturiano en la corriente ministerial frentepopulista ibérica es, sin lugar a dudas, uno de los datos más revelantes de la sociología ministerial de la época, al que sólo se le puede encontrar paralelismo en la dilatada etapa franquista o en la de los inicios del sistema liberal (3).

(2) J. M. CUENCA TORIBIO y S. MIRANDA GARCÍA: «La elite ministerial republicana (1931-1936)», a aparecer próximamente en *Revista de Estudios Políticos*.

(3) Id.: «La elite ministerial franquista», en *REP*, 57, 1987, págs. 107-148.

La colocación de Andalucía en un modesto cuarto lugar llama un poco a la sorpresa, acostumbrados a su presencia en puestos más hegemónicos a lo largo de casi todo el desenvolvimiento de nuestra contemporaneidad. Su nula importancia en los destinos de la España republicana durante los treinta meses de la contienda podría justificar la mencionada posición. Muy significativamente, empero, cuando, con la excepción del incombustible Giral (Santiago de Cuba, 1879-Méjico, 1962), Giner de los Ríos (Málaga, 31-X-1880-Méjico, 22-VIII-1970), Azaña, Prieto y el mismo Largo Caballero, los prohombres de la república burguesa desaparecen al comenzar el primer otoño de la lucha, se esfumará la presencia andaluza, distribuida casi a partes iguales entre Sevilla y Málaga. Por su lado, el componente vasco constituye un elemento configurador de la etapa ministerial que ahora nos ocupa. En esta ocasión, su abultada presencia debe verse fundamentalmente a la luz de una coyuntura ya indicada anteriormente. El destacado peso tenido por los partidos y organizaciones proletarias de la República en armas nos da tal vez la clave de tres ministros socialistas vascos al lado del nacionalista Irujo (Estella, 1891-Bilbao, 1-I-1981). El que ese trío sea vizcaíno añade, sin duda, mayor fuerza a la argumentación si recordamos el prestigio y ascendiente del socialismo bilbaíno a través de toda la República de izquierdas (4).

En cuanto a la extracción regional de los restantes cuadros ministeriales, pocas cosas hay que merecen subrayarse. El relativamente elevado porcentaje murciano viene a ser quizá la característica más digna de mención, tenidas en cuenta las dimensiones, en todos los campos, de su territorio. Confrontada con toda su «historia ministerial», la débil presencia del País Valenciano no entraña importancia mayor. Empero, si no se olvida el papel desempeñado, en especial, por Valencia y Alicante a lo largo del conflicto, sí puede llamar un tanto la atención esta minúscula contribución (5).

Para terminar este párrafo consignaremos que resulta normal la presencia individual ultramarina —Giral—, conforme anotamos en el estudio ya indicado sobre la elite ministerial del quinquenio (1931-1936), dado que aún quedaba relativamente cercano en la España de los años treinta el último capítulo de nuestra historia colonial.

Campo y ciudad.

El abrumador predominio de la ciudad frente al campo no es rasgo que

(4) El reciente libro de R. MIRALLE: *El socialismo vasco durante la II República*, Bilbao, 1988, no aborda, por desgracia, el tema.

(5) Véase la observación expresada al respecto por J. M. CUENCA TORIBIO y S. MIRANDA GARCÍA: «Sociología de la elite de poder ministerial en la transición (1975-1986)», en *Homenaje al profesor Sampedro*, Madrid, 1987, págs. 81-113.

deba suscitar extensos escolios a la hora de estudiar la elite ministerial republicana de 1936-39.

La irrupción obrerista en sus cuadros ministeriales no implicó inversión alguna de una tendencia cada vez más alzaprimada desde los orígenes mismos de nuestra contemporaneidad. El *cursus honorum* gobernante demandaba una extracción y unos estudios que encontraban su ambiente más favorable en el de las ciudades; todo ello dentro de un país que, a trancas y barrancas, veía avanzar su proceso urbanizador. El que la guerra dislocara parcialmente los presupuestos requeridos por la selección ministerial no implicó, repetiremos, una virazón sustancial en pautas ya muy afianzadas. Es cierto que los bufetes y, en general, las titulaciones académicas de rango superior decrecieron en los ministerios de guerra de la República; pero el reclutamiento obrerista de algunos de sus cuadros no cambió la tonalidad urbana al asentarse en esta geografía los principales centros industriales, en los que igualmente estaban radicados los organismos sindicales más poderosos, con la salvedad, y sólo parcial, de Asturias.

CUADRO NÚM. 3
MINISTROS NACIDOS EN CAPITALES
DE PROVINCIA

CAPITAL	Número de ministros
Madrid	6
Barcelona	4
Sevilla	3
Oviedo	3
Málaga	2
Murcia	2
Bilbao	2
Zaragoza	1
La Coruña	1
Alicante	1
Las Palmas	1
Santa Cruz de Tenerife	1
Pamplona	1

Nada menos que un 80 por 100 de la elite a cuyo estudio sociológico nos intentamos aproximar provendrá de capitales de provincia y grandes núcleos urbanos. El peso aplastante de Madrid quedó apuntado anteriormente. No menos importancia ofrece el de Barcelona, como también serían muy destacados el de Sevilla y el de Bilbao, así como el de Oviedo, con tanta influencia

siempre en los anales políticos del Principado y, a menudo, también de España (véase cuadro núm. 3). Málaga, la ciudad quizá por excelencia más republicana de todo el mediodía, competirá muy estrechamente con Sevilla, de tradición más monárquica. Pese al papel tan descollante de sus cuadros obreros en el conjunto nacional, ninguna de las dos ciudades sureñas contribuiría al gobierno de la República en guerra con líderes proletarios (6).

Respecto a las grandes localidades sin estatuto capitalino, el dato que reclama atención más particularizada es el de Reus, con dos ministros. Si a ello añadimos el nacimiento en Tortosa del republicano histórico Marcelino Domingo (26-IV-1884-Toulouse, 2-III-1939) constataremos que la provincia tarraconense figura a la cabeza de todas las españolas en relación a su aporte ministerial.

CUADRO NÚM. 4

NACIDOS EN NUCLEOS URBANOS IMPORTANTES

Reus	2	Alcira	1
Gijón	1	Ferrol	1
Alcalá de Henares	1	Astorga	1
Estella	1		

EXTRACCION SOCIAL

Una vez más, y de forma sempiterna, en el análisis sociológico de los gobiernos españoles de la edad contemporánea tropezamos con el muradal infranqueable de la inexistencia de noticias numerosas y contrastadas en torno al origen social del medio centenar de ministros contabilizados en el recuento del presente trabajo (7). Escasez, fragmentación, ambigüedad e incertidumbre forman un cuadro no muy adecuado precisamente para acometer con un mínimo de solvencia un esfuerzo de *approche* al tema señalado. A poco más de la mitad alcanzan los datos que hemos allegado en este extremo, aunque debe indicarse *in continentí* que algunos son demasiados lábiles e imprecisos.

Por el pináculo hay muy pocas excepciones. El asturiano Alvarez Buylla, cuyo concurso acabará significativamente con la subida de Largo Caballero

(6) J. M. CUENCA TORIBIO: *Andalucía, historia de un pueblo (... a. C.-1984)*, Madrid, 1985.

(7) Un reputado publicista escribe así respecto a una figura mítica de la España contemporánea: «¿Quién era, pues, Juan Negrín? Nacido en Las Palmas de Gran Canaria en 1892, en el seno de una familia de buena posición» (M. TUÑÓN DE LARA: «Juan Negrín, hombre de Estado», en *Perspectiva contemporánea*, I/1, 1988.

al poder, viene a ser acaso la más destacada, acompañada de la de Manuel Irujo, Just Jimeno (Alcira, 1894-París, 1976), Azaña, Ansó (Pamplona, I-1899), Casares Quiroga, Negrín, Pozas (Zaragoza, 22-I-1876-Méjico, 1946), Salvador Carreras y Barcia se integran, como ya decíamos a propósito de algunos de ellos en el trabajo que consagramos al lustro republicano 1931-36, en los medios de una burguesía rentista, ora urbana ora rural, con la salvedad del doctor Negrín, cuyo padre fue un activo y acomodado comerciante. Estos rentistas eran, de ordinario, abogados de profesión, a la manera de los padres de Azaña y de su delfín, en varios aspectos, Casares Quiroga (8). Dos miembros del gabinete que podríamos calificar de «fantasma», y que apenas si logró tener existencia administrativa de unas horas, el formado en la alta madrugada del 19 de julio por Martínez Barrio, los madrileños Justino Azcárate y Felipe Sánchez Román (Madrid, 12-III-1893-Méjico, 21-I-1956), nacieron en el seno de familias de la burguesía ilustrada, dotada igualmente de holgados medios económicos. A la burguesía media pertenece con toda suerte de títulos otro catedrático de Derecho, como el personaje antes citado, Mariano Ruiz de Funes (Murcia, 1889-Méjico, 1953), cuyos padres regentaban un acreditado comercio de ultramarinos en la capital del Segura; en familias de tipo medio —una castrense y otra docente— nacieron Marcelino Domingo y Bernardo Giner de los Ríos.

Por la base, las excepciones más notables serán las de Segundo Blanco, cuya cuna se meció entre paredes muy humildes. No más encumbrados fueron los hogares de Largo Caballero, Martínez Barrio, García Oliver (Reus, 1901-Méjico, 1980), López Sánchez —hijo de un número de la Guardia Civil (Bullas, I-1900-Madrid, VIII-1972)—, Gracia Villarrubia (Mora de Toledo, 1889-Méjico, 1981), que, como ocurre con el vértice de la pirámide ministerial, no imprimen su aire ni su color a la atmósfera del conjunto del que forman parte. A pesar de ello, habrá que señalar que algún gabinete, como los de Largo Caballero, delimita un ámbito ministerial en el que la presencia de las clases proletarias y de los estratos inferiores de los estamentos medios prevalecen sobre cualquier otra; haciendo de ellos, sobre todo del segundo de Largo Caballero, los gabinetes de extracción más modesta y proletaria de toda nuestra historia.

ESTUDIOS

En lo que atañe a los primeros estudios del cuerpo ministerial de la última etapa republicana no andamos sobrados de información. En sus memorias,

(8) M. CASARES: *Residente privilegiada*, Barcelona, 1981, págs. 27-31.

Federica Montseny (Madrid, 12-II-1905), la primera mujer ministra en los anales gubernamentales hispanos, nos relata que su madre —maestra de escuela— «no quiso enseñarme las primeras letras hasta los seis años, dejando desarrollar mi cuerpo antes de empezar a amueblar mi espíritu», recibiendo la enseñanza en su propia casa: «No me hizo aprender ni el abecedario ni las tablas de multiplicar. La gramática se me enseñó sin tener en cuenta el orden prefijado por los libros de texto oficiales. No sé si fueron los métodos pedagógicos de mi madre o mi facilidad natural por aprender, el caso es que progresé rápidamente y pronto gané el tiempo perdido con el inicio de mi educación [...] La mañana estaba destinada al estudio. Las tardes eran libres. Tampoco me torturó con lecciones que debía aprender a toda costa. Cuanto no entraba en mi cerebro sin esfuerzo, se dejaba para más adelante. Mi madre pertenecía a una generación en la que todavía las ideas de Rousseau sobre la educación de los niños tenían singular vigencia» (9).

Un compañero de militancia y gabinete de Federica, José García Oliver, cuenta igualmente sus recuerdos (10). El destacado peneuvista Manuel de Irujo se debatió con el alfabeto y las cuentas en la primera ikastola de Bilbao, de donde pasaría a estudiar el bachillerato a Orduña con los jesuitas, retornando al «Bocho» para licenciarse en Filosofía y Letras y Derecho con los mismos padres ignacianos (11). Su compañero en varios gabinetes, Gracia Villarrubia, será, por el contrario, autodidacta, como en buena parte lo fuera Martínez Barrio. A su vez, mientras que Negrín (Las Palmas, 13-II-1882-París, 16-XI-1956) realizaba sus estudios primarios y medios en un acreditado colegio de Las Palmas, su conmlitón y, más tarde, adversario irreductible Indalecio Prieto (Oviedo, 30-IV-1883-Méjico, 11-II-1962) cursó las primeras letras en una escuela protestante de Bilbao, sin seguir luego el bachillerato, pese a lo cual, como es sabido, atesoró una rica y bien arquitrabada cultura (12). Antes de marchar a El Escorial, Azaña fue a un establecimiento privado de su pueblo natal (13).

(9) *Mis primeros cuarenta años*, Barcelona, 1987, pág. 17.

(10) *El eco de los pasos*, París, 1978.

(11) Su padre quiso enviarle «a la primera escuela vasca —ikastola—, fundada por un sacerdote lingüista, Resurrección María de Askul, pero, desde la escuela elemental a la Universidad, toda la formación del niño y del adolescente se haría en castellano» (P. VIGNEAUX: *Manuel de Irujo, ministre de la République dans la guerre d'Espagne*, 1936-1939, París, 1986, pág. 119).

(12) «Hizo sus estudios del bachillerato, con gran aprovechamiento, en el colegio de Las Palmas, que regentaba don Pedro Quevedo» (J. BOSCH MILLARES: *Historia de la medicina en Canarias*, Las Palmas, 1967, pág. 307).

(13) En puridad, Negrín estudió toda su carrera en Leipzig, donde coincidiera con don Julián Besteiro, convalidando luego sus estudios en Madrid.

A tenor de los centros en que cursó el bachillerato la mayor parte de los ministros analizados, cabría en cierta medida establecer una dependencia de causa-efecto entre su paso por institutos y la filiación republicana. Si así

CUADRO NÚM. 5
ESTUDIOS CURSADOS

TÍTULOS	Número de ministros
Doctores en Derecho	5
Doctores en Medicina	2
Doctor en Derecho y Filosofía y Letras	1
Doctor en Farmacia y Ciencias Físico-Químicas	1
Licenciados en Derecho	11
Arquitectos	3
Ingenieros Superiores	2
Maestros	2
Facultativo de Minas	1
Militares	5
<i>Estudios superiores:</i>	
Universitarios	20 (39,21 %)
E. Técnicas	5 (9,8 %)
<i>Estudios de grado medio:</i>	
Maestros	2 (3,92 %)
Fac. de Minas	1 (1,96 %)

se hiciera, de inmediato habría que añadir a esta presunta vinculación no pocas matizaciones y distingos. Los establecimientos oficiales del primer tercio de la España novecentista no eran desde luego focos de laicismo militante ni escogidos *ad hoc* por padres de simpatías republicanas para la educación de sus hijos. Por lo demás, sabido es cómo a lo largo del siglo xx serían, un tanto paradójicamente, los propios establecimientos religiosos los más poderosos viveros de vocaciones políticas de signo laico. Azaña o Carreras Aínos comparecen para dar fe de ello en la fase que nos ocupa. Aun así, es harto probable que el estudio del bachillerato en el instituto hispalense de «San Isidoro» por Blasco Garzón (Sevilla, 1885-Montevideo, XI-1954), de Giral

en el madrileño de «San Isidro» o de Bernardo Giner de los Ríos en el barcelonés respondiera a libre decisión paterna para sustraerlos a la absorbente enseñanza religiosa de la época (14).

En cuanto a los títulos superiores, nada de sorprendente ofrece la hegemonía de la carrera de Derecho (véase cuadro núm. 5). Aunque el régimen advenido en 1931 no fuera «una República de profesores», como en ciertos estadios se dijera de la III República gala, sí lo fue de abogados. *Cedant armas togae*. Como elemento diferenciador con la monarquía de Sagunto y con la primera dictadura militar del siglo XX, la República, en particular, en sus etapas menos conservadoras, buscará insertarse en los usos y modos civilistas, personificados arquetípicamente por los juristas. Sin embargo, este elemento en el continuismo republicanzante se astillará gravemente al chocar con el foso de la guerra. Cinco militares de carrera formarán parte de los gabinetes iniciales del último período del régimen. No obstante, llegado al poder Largo Caballero, y hasta el final de la contienda, la participación castrense desaparece por completo, llegándose incluso, en la etapa de Negrín, a suprimirse la Cartera, sustituida por la de Defensa Nacional. En una guerra total y desesperada como en la que, desde la primavera del 37, estaba empeñada la República, quizá no tenía mucho sentido el mantenerla, pese al militarismo a ultranza del político grancanario.

Este, con su compañero de gabinete Ayguadé (Reus, 1882-Méjico, 1943), presta la nota hipocrática a la elite ministerial del período que estudiamos. Ambos alcanzaron la borla de doctor, al igual que otros cinco miembros de la máxima estructura de poder de la República del 36 al 39 (véase cuadro número 5).

Junto con la carencia de títulos medios y superiores por parte de nueve ministros —rasgo insólito hasta entonces en esta elite—, el rasgo más subrayado en la etapa analizada es, en dicho aspecto, la inclusión en ella de seis periodistas, carrera inexistente, como bien se sabe, hasta fechas muy próximas a la actualidad. En el caso de Oscar Esplá (Alicante, 23-VII-1895-Méjico, VII-1971), sabemos que realizó algunos escauceos universitarios, pero no así en el de Prieto o en el de su íntimo colaborador Zugazagoitia (Bilbao, 1898-Madrid, 1940), destacado director de *El Socialista* en días difíciles.

Los arquitectos tienen también —dato nuevamente curioso— una nutrida representación. Profesión muy abierta al aire del tiempo, y a la que en una

(14) «En cuanto a Indalecio Prieto se refiere, repetimos que su amistad personal y política, su convivencia con Negrín, eran íntimas, sin que hubiese hecho su aparición la menor nube. Por entonces, y aun mucho después, Prieto y Negrín, Negrín y Prieto, formaban una collera» (M. ANSÓ: *Yo fui ministro de Negrín*, Barcelona, 1976, página 317).

buena parte de la literatura contemporánea otorga una indisimulable afección por las causas del progreso, tendríamos aquí que esforzar una interpretación que diera enjundia argumental a un porcentaje participativo que pudiera atribuirse grandemente al azar o a la casualidad. Marcelino Domingo y Segundo Blanco alimentan el contingente del estamento docente que más sintonizaba con los ideales de la República. La exigua contribución del magisterio sí podría ser objeto de algunas expensas exegéticas si la brevedad del tramo cronológico acotado aquí no lo impidiera.

Estas carreras se cursaron, como no podía ser menos, en Madrid (nueve), en Barcelona (tres) y en Oviedo y en Sevilla, todo ello muy a tono con la adscripción geográfica de los ministros de la Guerra. Como la presencia de catedráticos de Universidad es alta en los gobiernos frentepopulistas, no puede sorprender la inclusión de centros extranjeros en los *currícula*. Negrín, Franco (Astorga, 14-X-1897-Madrid, 20-I-1972), Sánchez Román, Franco Giral y Ruiz de Funes ampliaron estudios en la meca cultural de su tiempo, Alemania, con alguna que otra estancia en Francia (15).

(15) La biografía política de Negrín, ministro revelación, se acomoda arquetípicamente al primer esquema: «De esa atipicidad todavía es preciso destacar otro rasgo, que compartió con Besteiro: su tardía afiliación al PSOE, en 1929, cuando se acercaba ya a sus cuarenta años de edad. Y lo hizo, según manifestó en una conferencia pronunciada en la Casa del Pueblo de Madrid a finales de ese año —y que le mereció una réplica contundente de Julián Besteiro— porque no veía en España ningún otro partido que pudiera implantar la República. “Soy socialista porque soy republicano”: tal fue el resumen de su pensamiento político y de su decisión. Lógicamente este republicanismo le había de acercar a Prieto, con quien ya se había relacionado desde los primeros años veinte y por quien sentía —según declaró en la causa instruida para esclarecer su presunta participación en la revolución de octubre— una gran amistad desde el mismo momento de su ingreso en el PSOE.

»A diferencia también de sus mayores, Negrín nunca perteneció a ningún órgano dirigente del socialismo, ni al partido ni al sindicato. Se ocupaba de su cátedra, de sus investigaciones y de la Secretaría general de la Junta de la Ciudad Universitaria. En 1931 fue elegido diputado y lo seguiría siendo en todas las legislaturas posteriores, pero no intervino en ninguna discusión política —no era buen orador ni fácil escritor— y por consiguiente su popularidad nunca había traspasado el círculo de sus correligionarios... Su estrecha vinculación a Prieto explica que fuera él uno de los tres designados por la ejecutiva del PSOE para ocupar otros tantos Ministerios en el gobierno formado por Largo Caballero el 4 de septiembre de 1936. Personalmente, Negrín estaba convencido de que un gobierno presidido por Largo sería una calamidad —“peor que perder Getafe”, parece haber dicho al enterarse de la noticia— y no mostró ningún interés en sumarse al gobierno. Aceptó, sin embargo, el puesto y desempeñó, contra pronóstico, la cartera de Hacienda que nunca había vuelto a un socialista desde la discutida gestión de Prieto en 1931» (S. JULIÁ: *Historia del socialismo español [1931-1939]*, III, dirigido por M. Tuñón de Lara, Barcelona, 1989, págs. 301-303).

CUADRO NÚM. 6

CLASIFICACION PROFESIONAL

PROFESIONES	Número de ministros
<i>Juristas:</i>	
Abogados libre ejercicio	10
Notario	1
Notario y registrador	1
Diplomático	1
TOTAL	13 (24 %)
<i>Técnicos:</i>	
Arquitectos	3
Ingeniero	1
Ingeniero de Caminos	1
Facultativo de Minas	1
TOTAL	6 (12 %)
<i>Docentes:</i>	
Maestros	2
Cat. de Instituto Escuela	1
Cat. de Universidad	5
TOTAL	8 (16 %)
<i>Militares:</i>	
Caballería	1
Infantería	2
Artillería	1
Ingenieros	1
TOTAL	5 (10 %)
Médico	1
Funcionario	1
Empleados	2
Periodistas	6
TOTAL	10 (20 %)
Obreros manuales	5 (10 %)

PROFESIONES Y CARRERAS POLITICAS

En sus diferentes ramas, la profesión jurídica es el astro rey de la constelación ministerial de esta época, a imagen y semejanza, como ya hemos dicho, de las de otras muchas etapas anteriores y posteriores. La docente no le va en esta ocasión muy a la zaga. Ambas notas, junto también con el considerable temple castrense, son rasgos tradicionales que no establecen diferencias sensibles con las fases precedentes. Por el contrario, la muy considerable participación de profesiones que genéricamente cabría denominar de «técnicas» sí anuncian ya tiempos nuevos. Un carácter más innovador ofrece la presencia de varios obreros manuales en las ringleras ministeriales de este período, singularizado en toda la trayectoria ministerial española justamente por tal contribución.

La carrera política de la elite de este período descubre a la mirada del estudioso de las élites de poder de la España contemporánea alguna nota distintiva en consonancia con el carácter un tanto innovador que concedemos a la época. Habría que esperar a mediados de 1988 para que la experiencia sindicalista volviera a ser, como en los días de la guerra —y ello de modo solitario— la llave que abriera la puerta del poder... En noviembre de 1936, cuatro militantes anarquistas tomarían la máxima responsabilidad de gobierno con una hoja de servicios en la que figuraba con caracteres muy resaltados la militancia sindicalista, hasta entonces poco o nada tenida en cuenta en la selección de la elite que nos ocupa.

En comparación con dicha característica, el *cursus honorum* de los restantes dirigentes parece seguir los caminos trillados de etapas precedentes y ulteriores: subsecretarios (siete), directores generales (ocho), concejales (cinco), tenientes de alcalde (tres), alcaldes, gobernadores civiles (entre ellos, tres de Barcelona), etc., amén, claro está, de una experiencia parlamentaria, reducida por lo general a las Cortes de la II República, pero no por ello menos dilatada e intensa en muchos de los ministros.

ADVERTENCIA OBLIGADA

En los trabajos consagrados a la elite ministerial del quinquenio 1931-36 y a la del último tramo de nuestra historia dedicamos un extenso párrafo a la obra intelectual de los mencionados gobernantes. Tal estudio carece en este período de razón de ser por cuanto, con la excepción de Negrín y, sobre

todo, de Sánchez Romón y Gabriel Franco, ninguno de los dirigentes troquelados por la guerra cuenta con una bibliografía de entidad, con la parcial salvedad de Zugazagoitia, Alvarez del Vayo y Oscar Esplá. La contribución de Azaña, Prieto, Marcelino Domingo, Barcia, etc., a la ciencia y las letras hispanas queda reseñada en el artículo tantas veces mencionado en torno a la elite ministerial del quinquenio 1931-1936.